

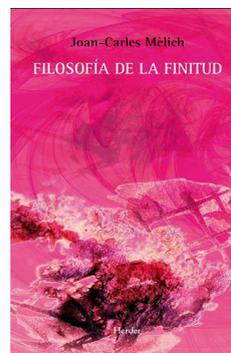
Filosofía de la finitud

Joan-Carles Mèlich

Barcelona: Herder, 2002

Por **Claudia Arcila Rojas***

Departamento de Ciencias
Sociales y Humanas
Universidad de Medellín



Los mismos pasos que la escritura va marcando mientras se propone la semblanza del pensamiento empiezan a difuminarse como un pasado en riesgo de ser desmentido por el presente. La temporalidad de la existencia se cumple en actos ininterrumpidos que alteran lo que puede ser concebido como esencia. El espacio también es en el tiempo, así como los cuerpos y fenómenos que construyen los paisajes de la realidad en la cual habitamos.

Pero habitar no significa corresponder con lo habitual del espacio, del tiempo, los acontecimientos y las circunstancias. Habitar es construir la vida en hermenéutica con la finitud, reinventándonos en la obra humana; en la escultura del lenguaje, de la narración; en el asombro por las nuevas facetas e identidades que logramos y abandonamos sin vestigios de apego.

Hacer pedagógica la finitud es entablar un vínculo ético con la vida, una relación melódica con sus dramas y posibilidades; un canto donde la tragedia, el horror, la tortura, la agonía y la muerte superan el silencio de la impunidad y los actos de atrocidad y miseria.

En este aprendizaje vital se consigue renacer en nuevos trazos de sentido; en nuevos caminos de significación donde el lenguaje es arte en el presente narrativo de la memoria y el olvido. Mèlich es un maestro de estas lecciones. Él pone a transitar el deseo en expresiones literarias que acogen sensiblemente las situaciones concretas de la vivencia y el recuerdo. Pero en esta configuración estética, la realidad poética transparenta el mundo de la fragilidad para ser recreado como aspiración a la trascendencia, es decir, a la superación de la intimidad de la vivencia como exposición a la experiencia, y del recuerdo como evocación de muerte para ser sentido como memoria en la permanencia, en la proyección de lo infinito.

* Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, en formación pos-doctoral en Pensamiento y Cultura en América Latina en Instituto "Pensamiento y Cultura en América Latina" (IPECAL). Docente investigadora de la Maestría en Educación de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: claudiarbol@gmail.com

Por esta razón, el pensamiento de Mèlich es una aprobación de la experiencia; una especie de intertextualidad narrativa entre la literatura, la poesía y la filosofía que ponen al sujeto en exterioridad, en pregunta por sí mismo en clave del recuerdo del otro y de lo otro: de la diferencia, de la novedad, de lo remoto y del devenir.

Ahora bien, esta narratividad polifónica donde la vida está entonada como finitud, parece ser la geografía preliminar de un horizonte educativo donde la apertura estética de la poética guarda como propósito enunciativo el testimonio pedagógico donde resplandece la voz, el sentimiento, el compromiso, la palabra y el pensamiento del maestro:

El poeta conoce la finitud de la palabra humana. Cuando el poeta es capaz de transmitir la palabra múltiple, la palabra que permite situarse significativamente en el mundo, siempre de forma precaria, cuando el poeta da la palabra abierta al tiempo y al espacio, cuando da esa palabra finita abierta a la interpretación infinita, el poeta se convierte en maestro. (Mèlich, 2002, p. 116).

Justamente, en este diseño que traza el recorrido antropológico por la experiencia del lenguaje y sus tonalidades socioculturales, se desprende, lo que me autoriza nombrar como la radical promesa de la memoria en Mèlich: el retorno al mito como imagen impulsora de historias, porque “vivir sin mitos es lo mismo que vivir sin historias” (Mèlich, 2002, p. 63).

Vivimos en la palabra creadora de posibilidades. Estamos liberados de los determinismos que ofrecen respuestas y dogmas de castigos y premiaciones; permanecemos en búsqueda, en tránsito, en pregunta; en una palabra dispuesta al tiempo y al espacio; en devenir, en construcción. Estar en el mito es lo mismo que estar en el lenguaje, y por consiguiente, en el pensamiento, aunque pensar signifique hacer acto las palabras que expresan el mundo y las realidades de nuestras vidas y finitudes en él.

Somos, entonces, en el mito vital donde dejamos de ser para emprender una nueva historia: otra opción de vivir, otra alternativa de sentir y habitar el mundo; en resistencia a lo inmutable, en deseo, es decir, en relación pedagógica con lo inesperado:

Pensar que no todo está decidido. Negarse a aceptar el mundo tal y como nos ha sido dado. Imaginar mundos alternativos, diferentes, otro mundo, un mundo nunca perfecto, nunca una sociedad del todo justa, porque no hay perfección en la vida humana. Todo esto también forma parte de la finitud. Hay que aprender a esperar lo inesperado, lo imposible. Es necesaria una pedagogía del deseo (Mèlich, 2002, p. 143).

Una filosofía de la finitud hacia una reflexión educativa que pasa por las estrofas de la literatura y la poesía es el trenzado estético que podemos encontrar en el pensamiento de Mèlich para disponernos a nuestra propia interpretación del texto, y a la exploración del espacio escritural como un territorio de experiencias donde los tiempos de encuentros y desencuentros le dan nacimiento a nuevas texturas y tonalidades del mito.

Regresar a la creatividad mítica y asombrarnos ante las imágenes que el lenguaje nos propone, es el guiño semántico para descifrar en Mèlich una fuente inagotable de rutas en el laberíntico escenario de sus disertaciones, donde el guion de la melodía le otorga ritmo a nuestros pasos por la vida en amplia conciencia de cercanía con la muerte.

De este aprendizaje se nutre mi vida en la experiencia de lectura por la composición de ideas del autor. Llegar a la escritura del pensador español y habitar el ritmo de sus palpitaciones idiomáticas me pone también en camino de la fertilidad lingüística, donde nacen y renacen otras manifestaciones del lenguaje; otros trazos de la palabra: de su sonido y de su imagen. Experiencia deliciosa y dolorosa donde no se agota la plasticidad de la belleza ni el entrañable compromiso de un maestro que se hace testimonio con su vida mientras enlaza la reflexión filosófica, pedagógica, literaria y poética de la muerte.